

# Serpientes copulando

JAIME MORENO VILLARREAL

## O RECUERDO EL

rostro de mi madre. La perdí cuando era apenas un muchacho. Aunque sus rasgos me cubren entre sueños y al cruzar entre voces de mujeres desconocidas, dudo en lo interior. Mi madre era algo más que ese estremecimiento. La ceguera altera los recuerdos, hasta apagarlos. Veo mentalmente. El chasquido del arroyo entre las rocas, ondas que pasan como un brazo o un braceo, el lomo de un pez, mi madre hendiendo las aguas, cosas que me figuro mas no alcanzo a reconstruir. De tiempo en tiempo he vuelto al manantial donde la perdí, y paso las horas a la espera de una señal. Las aguas borbotean y se allanan en una sábana continua, dando al oído la impresión de un prado verde apenas conmovido por el aire. Los pastores del monte llegan a refrescarse, se tienden a la orilla y juegan a descubrir, en las sociedades de mosquitos que se posan en el estanque, ganados paciando bajo su mirada superior de Dioses. Oye, Tiresias, no te duermas —me gritan—, ¿es cierto que conoces el lenguaje de los pájaros?, ¿qué nos espera hoy a la vuelta?, ¿mañana será otro día?

Cuando cae la noche, sigo sentado en mi roca. El rumor del bosque se suspende y presiento que unos ojos me observan desde la otra ribera. Puede ser el ciervo que baja a abrevar o el espíritu del bosque que me compeadece; pero de momento sólo imagino que es mi madre, y cuando a punto de hablarle levanto la cara, una visión me fulmina: Atenea desnuda de pechos y caderas, blanca quemante, sol de cal, me mira con ojos para no ser vistos. Y paso de la tiniebla al rumor de mi llanto. Pudo ser ella, mi madre, contemplando desde la otra margen. Quizá siga ahí. Me levanto y vuelvo sobre mis pasos desalentado, dejando que me guíe el bastón de ciego camino abajo. Reconozco con los pies los senderos que recorrimos juntos, y guardo con ella y conmigo un resentimiento por no haberla retenido mientras pude. Con el frío de la noche, mi infancia, la claridad del agua recién fundida en la mañana, el sol que despabila las puntas del prado, mi amistad terrena y pugnaz con los cabritos, las siestas asoleadas y el abrazo en los playones, el tacto con el seno de mi madre en una gruta, se van de mí como estas frases. Y vuelvo a mi casa entre los hombres, a dañar su ignorancia.

Soy el anciano más longevo entre ellos. Les hablo de los abuelos de sus abuelos, que fueron compañeros míos de recreo y cacería; les hablo de Narciso, a quien conocí de brazos. Sólo yo sé lo que he visto —y a qué poca cosa suena esto. Hablo realmente de ver con mis ojos perdidos. Como Hermes, yo no miento, aunque a veces es mejor no decir toda

la verdad. Con ojos como los de quien persigue estas líneas, viví en mi infancia cosas que se llamarán inverosímiles, pero que son mis únicas certezas. Fui hombre, fui mujer. Tengo el futuro a la vista. Pero el pasado me colma con su falta. Entretanto, la carencia que el porvenir le hace al común de los mortales me hace portador de grandes anuncios. Todos somos esencialmente inocentes hasta que miramos hacia atrás; todos podemos decir: tuve un día luminoso, en el que nada supe. La luz que alumbra la infancia sólo sirve para verla perdida. A mí no me queda más que el futuro desde el día en que perdí a mi madre, y este burdo acometer de la memoria a la orilla del manantial me la niega conforme hace más aborrecible mi clarividencia.

Después de que la Diosa me arrancó la vista, y a punto de comenzar mi ruta por este oficio que suscita toda sospecha, me reuni con mi madre en el fondo de una gruta. Yo no debía tocarla, ni siquiera aproximarme, sólo la presentí. Colgaban las pieles de carnero, los incensarios humeaban. Ahora que me hallaba en la más visceral oscuridad, experimenté como nunca el terror por lo sagrado. La presencia de mi madre se me ofrecía en el sopor de las filtraciones, en el olor a sangre seca de las ofrendas de los pastores. Entiendo que ella quiso despedirse así para trazar de golpe la distancia entre nosotros. —Yo no sabía, ¿cómo iba a saberlo? —me excusé tartamudeando, y un calosfrío que llegó del fondo me hizo callar, ella había removido el aire. Había que evitar explicaciones. Vi en mi ceguera otra vez a mi madre desnuda, como ayer, joven como siempre, bañándose en el manantial, surgiendo con la cabellera chorreante, hilillos de agua le escurren y gotean. El recuerdo de la Diosa en la fuente, turbada con mi presencia, lo juró, no ofrecía punto de comparación. Yo sólo tenía ojos para mi madre.

Me veo de niño. Voy bajando la cuesta por una vereda. Siempre miraba las aves tratando de adivinar auspicios en su vuelo, que podrían significar esas piadas, esas parvadas, una pluma lenta que caía. Miraba al cielo porque presentí la aparición de un halcón solitario cuyo círculo señalaría un antiguo santuario en el soto. En esas estaba cuando me hallé a punto de pisar una serpiente. Salté alarmado hacia atrás. Se retorcia gorda y violenta. Como me sentí paralizado, frío, pensé que me habría mordido y que su veneno comenzaba ya a hacer efecto para luego tumbarme y hacerme espumajear. Pero no era más que pavor lo que me tenía dormidas las piernas. La víbora, por cierto, no se percataba de la proximidad. Era una serpiente de dos cabezas, una suerte de Hidra a

los ojos de un niño, un monstruo en lucha consigo mismo. Por fin pude dar dos pasos fuera del camino, y observarla. Eran dos serpientes trenzadas. Pero contra todo lo razonable, no se abalanzaban con las fauces abiertas, sino que sus cabezillas danzaban grácilmente una frente a la otra. Estaban copulando.

Desde muy pequeño, por mandato de mi madre, yo había adorado a la serpiente de la tierra, porque mi padre era de la raza de los que nacieron sembrados. Nunca pensé que las víboras copularan. Para mí, la serpiente más bien se mordía la cola, se autogeneraba, cambiaba de piel, era el andrógino. En consecuencia, lo que había hallado en mi camino era contranatura. Así que invocando a Hércules y asiendo una vara seca que tuve a la mano, realicé la hazaña que preservaría el universo y la vía del carro del Sol, azoté a las serpientes hasta separarlas y hacerlas huir del sendero.

Me aleje corriendo. Ansiaba volver a mi madre para contarle mi aventura. ¿Era yo un nuevo héroe?, ¿qué nuevas pruebas me esperarían?, ¿otras bestias se medirán contra mí?, ¿deberé separarme de mi tierra para cumplir mis proezas?, ¿volveré hecho un hombre? Pero mientras corría por el bosque, algo en mi condición iba mudándose. Primero lo sentí en las piernas. No respondían de igual forma. Luego mis brazos. Se fueron haciendo más muelles. No es que las fuerzas me faltaran, sino que se concentraban en otros puntos, en otros músculos y en otros huesos. El mismo sol me tocaba de otra manera, como si yo hubiese adelgazado o empalidecido; mi ánimo se dulcificaba simultáneamente, y se agitaba de modo que produce un jadeo de voz afilada que yo mismo no reconocí al llegar al río y llamar a gritos a mi madre.

Al despertar, ella me abrazaba. Yo, ardiendo en fiebre, le preguntaba si debería armarme con espada o mazo. La voluntad me faltaba. Mis lloriqueos me tocaban en lo hondo, en mi entraña diferente. Estaba convertido en niña. Una niña afligida.

Ser mujer es algo que está en mí y me abandona. Me ocurre como con el rostro de mi madre. El recuerdo, tan socorrido por mi alma, no puede retocar mi ser femenino sin dañarlo definitivamente. Lo siento en la espalda, en los omóplatos. Lo siento en el pecho, en las caderas. En el cutis, en las puntas de los dedos. En mi confusión de ideas. Por separar a las serpientes, ¿había yo realmente dividido al andrógino y en castigo encarnaba ahora a la hembra, de modo que el principio femenino se unificaba con el niño en mí, para hacerme sufrir? ¿Había ofendido a Apolo pítico, a Hermes bifronte y caduceóforo? Estas preguntas tan elaboradas son frutos posteriores. De niña más bien sentía vergüenza sin saber de qué.

Ahora disfrutaba con mi madre de una intimidad que jamás hubiera soñado. Podía mirarla y acariciarla largamente sin pudor ni reprimendas. Unida a su espalda como rémora, nadaba con ella, me reimplantaba bajo su pecho para obedecer en persecución los vericuetos del lecho de las aguas. En la reconditez de una poza susurrábamos a dos voces canciones que los viajeros confundían con el rumor de la cascada. Mi cuerpo maduraba entretanto, y en lo más íntimo llegué a envidiar las partes blancas y rosáceas de mi madre, partes que en mí, en el reflejo de las aguas, parecían innobles. A la vera del arroyo, antiguos compañeros de juego, hijos de

pastores, me miraban ahora intencionalmente, halagando con rudeza lo que los seducía.

Fui perseguida lejos de la vega y arrinconada al pie de un árbol tantas veces. Solo la burla y el gozo me salvaron de la brutalidad, con mi ligereza de pez. Por fin, fue al que no me persiguió a quien dejé disponer de mí. Conoci muy jovencita el amor, y supe cuánto más goza una mujer los placeres del sexo.

Siete años fui mujer, como siete son las generaciones que me fueron dadas de vida. Los plazos se cumplen y yo pierdo la cuenta. Muere un rey, otro también pasa, y el nuevo sucesor se pierde al cabo en otra bruma; quedan sus nombres que muy poco significan para el heredero que dilapida y extingue su progenie. La peste se cierne sobre la ciudad. Pero en torno, la vida, en lo fundamental, no difiere. Los mismos montes, un cielo invariable de nubes volubles. La fosca aún se refleja al atardecer en la corriente suscitando vagos presentimientos. Para mí, como mortal, fueron siete años de mutación en un mundo inmutable. Hasta que un día, bajando aquella misma cuesta de la infancia, por la misma vereda y en el sitio previsto, vi de nuevo a dos serpientes en cópula. Mi susto no fue grande. La ventaja de ser mujer es que todo lo has vivido anteriormente. Me hallaba en el fin de mi ciclo, y comprendí cómo, efectivamente, la serpiente se muerde la cola. Recuperé mi virilidad separando a las dos víboras con una vara, separándome al propio tiempo de mi madre.

Cuando, meses después, viviendo ya entre los hombres, de regreso de una carcería, vi a dos mujeres secándose al sol en la ribera, mis ojos no repararon en la presencia de la divinidad, sino que buscaron instintivamente la desnudez amada. Yo era un joven con ardores. Mi deseo de poseer lo femenino en lo masculino, de entregarme y trocar en placer mi pérdida, avivaba al andrógino. Buscaba despertar en mí la gruta materna. La unidad, sólo la había conocido en el seno fosco de mi madre. Las dos bañistas, al sentirse observadas, se pusieron de pie. Una de ellas, como virgen ridícula, comenzó a gritar y a hacer aspavientos. Sus túnicas se secaban en la otra ribera, donde junto a un tronco la égida y las armas reposaban. Era Atenea. Con ese porte suyo, descompuesto, de mujer razonable, se cubrió los pechos y el vientre, logrando sólo hacerlos más carnosos. Demasiado alta para ser definitivamente bella, dio la espalda, corrió a la orilla dejando ver el trasero roturado por una línea perfecta. Diosa obscenamente inclinada, y zambullida. Yo sólo tenía ojos para mi madre, que no se inmutó un instante cuando, sin castidad, nos miramos por última vez. Desde el refugio de las ondas, la Diosa asistió al pasmo de madre e hijo. Tuvo celos.

Al día siguiente, sosteniéndome como pude, con pies y manos descarnados, convertido en este miserable vidente por gracia de la Diosa, caminé al fondo de la gruta, otra vez bañado en llanto, otra vez en busca del brazo materno en medio de la fiebre. De la oquedad surgió la voz de mi madre, que me arrancaba de la vida. —Ve a la Ciudad —me dijo—, y sirve al rey en turno. No vuelvas al agua, tú provienes de la tierra y tu lugar está en la ciudadela de Cadmo y entre su descendencia.

Ahora lo entiendo. ☩